

esta violencia, Mr. Winkle se ha marchado.

— ¡Se ha marchado!

— Ha salido de la casa esta mañana sin decirme la menor cosa, y se ha marchado no sé dónde.

— Hubiera debido quedarse aquí y batirse, — dijo Sam en tono sentencioso. — No sería preciso mucho para arreglar á ese Dowler.

— Es posible, Sam. Yo tengo muchas dudas acerca de su valor; pero de cualquier modo que sea, Mr. Winkle se ha marchado. Hay que buscarle, Sam, hasta encontrarle y traérmele.

— ¿Y si no quiere venir?

— Será preciso obligarle, Sam.

— ¿Y quién le obligará? — dijo Sam sonriendo.

— Tú.

— Muy bien, señor.

A estas palabras, Sam salió de la habitación, y poco después, Mr. Pickwick le oyó cerrar la puerta del cuarto. Dos horas después volvió con ademán tan tranquilo como si hubiera sido encargado de una misión ordinaria, y dijo que un individuo muy parecido á mister Winkle había partido aquella mañana para Bristol en el coche del Hotel real.

— Sam, — dijo Mr. Pickwick tendiéndole la mano, — eres una alhaja inestimable. Vas á ir en busca suya.

— Muy bien.

— En cuanto le descubras, escríbeme. Si trata de escapársete, préndele, enciérrale. Te doy poderes para todo, Sam.

— No lo olvidaré, señor.

— Le dirás que estoy muy incomodado, excesivamente indignado por la determinación extraordinaria que acaba de tomar.

— Sí señor.

— Dile que si no viene contigo á esta casa, vendrá conmigo, porque iré yo á buscarle.

— Le diré dos palabritas.

— ¿Piensas poder encontrarle? — continuó Mr. Pickwick, mirando á Sam con aire inquieto.

— Le encontraré si está en alguna parte.

— Muy bien. Entonces, cuanto más pronto vayas, mejor.

Mr. Pickwick añadió una suma en metálico á sus instrucciones. Sam puso los objetos necesarios en su saco de viaje y se alejó.

CAPITULO XXXVIII

*De cómo Mr. Winkle, queriendo salir de la sartén, cayó en las brasas*

El desventurado caballero, causa inocente del tumulto que alarmó á los habitantes de Royal Crescent, después de haber pasado una noche de turbación y ansiedad, dejó el techo bajo el cual dormían sus amigos, sin saber á dónde dirigía sus pasos.

— Si ese Dowler, — pensaba mister Winkle, se empeña en poner en práctica sus amenazas, me veré obligado á desafiarse. Hay una mujer: esta mujer necesita de él. ¡Cielos! Si yo le inmolará á mi rabia, ¡cuáles serían mis remordimientos!

Esta reflexión penosa afectaba tan poderosamente al excelente joven, que sus rodillas se chocaron y sus mejillas palidecieron.

Determinado por estos motivos, tomó su saco de noche, bajó la escalera á pasos precipitados, cerró con el menor ruido posible la detestable puerta de la calle, y se alejó rápidamente. Encontró en el *Hotel real* un coche dispuesto á partir para Bristol.

— Lo mismo da Bristol que otro punto cualquiera, — dijo.

Subió á la imperial, y llegó al término de su viaje tan pronto como podía esperarse de dos caballos, obligados á andar cuatro veces al día la distancia que separa los dos pueblos.

Mr. Winkle estableció sus reales en un hotel. Estaba resuelto á abstenerse de toda comunicación epistolar con Mr. Pickwick, hasta que se disipara el frenesí de Mr. Dowler, y comprendió que lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias era visitar la ciudad.

Salió y le llamó desde luego la atención la siedad de la población. Admiró los docks y el puerto, vió la catedral, preguntó por el camino de Clifton, y siguió la vía que se le indicaba; pero las calles de Bristol no eran las menos embrolladas ni las menos tortuosas. Mr. Winkle se encontró en el laberinto y buscó por todas partes una tienda donde pedir nuevas instrucciones.

Sus ojos cayeron sobre un piso bajo, nuevamente pintado, que había sido convertido en una cosa entre tienda y habitación. Una lámpara roja que avanzaba encima de la puerta hubiera suficientemente anunciado que aque

llo era una botica, si la palabra *cirujía* no hubiera estado escrita con letras doradas encima de la ventana. Pensando que era aquel el sitio conveniente para preguntar el camino, Mr. Winkle entró en la pequeña tienda, atestada de frascos y de inscripciones, y llamó tocando en el mostrador con media corona.

Al primer golpe, un ruido sensible hasta entonces y semejante á un asalto ejecutado con unas pinzas y un rodillo, cesó repentinamente. Al segundo golpe, un joven estudioso, que llevaba sobre la nariz unos grandes espejuelos verdes y en la mano un enorme libro, entró con paso grave en la tienda, y pasando detrás del mostrador, preguntó á Mr. Winkle que se le ofrecía.

—Siento mucho molestaros, — respondió éste; — ¿tenéis la bondad de indicarme?...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! — exclamó el hombre estudioso arrojando al aire su enorme libro y atrapándole en el aire con gran destreza, en el momento en que amenazaba reducir á átomos todos los frascos que estaban sobre el mostrador.

Mr. Winkle estaba tan admirado de la conducta extraordinaria del joven doctor, que tomó la retirada hacia la puerta y parecía muy turbado de aquella recepción.

—¡Cómo! ¿no me conocéis? — exclamó el cirujano boticario.

Mr. Winkle balbuceó que no tenía el gusto de conocerle.

—¡Ah! entonces hay esperanza para mí; puedo curar á la mitad de las viejas de Bristol, si tengo suerte. Ahora, al diablo, viejo libro.

Este apóstrofe se dirigía al viejo libro, que el estudioso farmacéutico lanzó con notable vigor al otro extremo de la tienda; después, quitándose los espejuelos verdes, descubrió á las miradas de Mr. Winkle la fisonomía de Roberto Sawyer, antes estudiante en el hospital de Guy, en el *Borough*, y poseedor de una residencia privada en la calle de Lant.

—¿Veníais á verme, no es eso? No diréis lo contrario, — exclamó Rob Sawyer, estrechando amistosamente la mano de Mr. Winkle.

—¡No! — replicó este estrechando la mano de Rob.

—¿Pero no habéis notado mi nombre? — preguntó Rob llamando la atención de su amigo sobre la puerta exterior, encima de la cual estaban trazadas estas palabras: *Sawyer, sucesor de Nockemorf*.

—No me fijé, — dijo Mr. Winkle.

—Si hubiera sabido que eráis vos, me hubiera precipitado y os hubiera recibido en mis brazos; pero creí que era el recaudador de contribuciones.

—¿Es posible?

—Cierto; iba á deciros que no estaba en la casa, y que si queríais dejarme un recado, yo no dejaría de dármelo, porque el recaudador de contribuciones no me conoce, lo mismo que el del alumbrado y el de empedrados; creo que el recaudador eclesiástico sospecha que estoy aquí, y sé que el del agua lo ignora, porque le saqué un diente el día que llegué aquí; pero entrad, entrad.

Hablando de este modo, Rob llevó á mister Winkle á la trastienda, donde estaba sentado un personaje que no era otro que el mismo Benjamín Allen.

—En verdad, — dijo Mr. Winkle, — no esperaba yo tener el gusto de veros; buena casa tenéis aquí.

—No es mala, — contestó Bob; — he sido recibido poco después de aquella famosa noche, y mis amigos han hecho grandes sacrificios para comprarme este establecimiento; así es que me he puesto este traje negro y estos espejuelos, para tener el aspecto más solemne posible.

—Y tenéis sin duda una buena clientela, — dijo mister Winkle.

—Tan pequeña, que al fin del año podríais poner todas las ganancias en un vaso de licor, y cubrirlas con una hoja de grosella.

—¿Queréis burlaros? nada más que las mercancías...

—La mitad de las gabetas están vacías, y la otra mitad no puede abrirse.

—¿Os burláis?

—Es un hecho contestó Bob yendo á la tienda y demostrando la veracidad de sus asertos con violentas sacudidas dadas á los pequeños botones dorados de las gabetas imaginarias.

—El diablo me lleve si hay cosa real en la botica que no sean las sanguijuelas, y esas ya han servido.

—¡Es increíble! — exclamó sorprendido mister Winkle.

—Yo me lisonjeo de esto, — continuó Bob; — de otro modo, ¿de qué sirven las apariencias? ¿pero qué queréis tomar? ¿como nosotros? bien; Benjamín, meted la mano en el cajón y traed el digestivo.

Mr. Benjamín Allen sonrió para indicar su consentimiento, y sacó del cajón una botella medio llena de aguardiente.

—¿Vos no pondréis agua, es verdad? — dijo Bob á mister Winkle.

—Perdonadme; es temprano y quisiera mezclar, si no os oponéis.

—De ningún modo, si vuestra conciencia os lo permite, — replicó Bob saboreando con sensualidad un vaso

de líquido bienhechor. — Ben, alcanza el agua.

Mr. Benjamín Allen sacó del mismo sitio una pequeña cántara, la cual Mr. Bob confesó que le enorgullecía por su fisonomía medical. Cuando se hizo hervir el agua contenida en la cántara, mediante unos pedazos de carbón que Ben sacó de una caja que llevaba la inscripción de *agua de Seltz*, Mr. Winkle bautizó su aguardiente, y la conversación empezaba á ser general, cuando fué interrumpida por la entrada de un joven vestido de una severa librea gris, con un galón en el sombrero y un pequeño cesto en el brazo.

Mr. Bob le apostrofó inmediatamente de este modo:

—Tom, vagabundo, venid aquí (el joven se acercó); ¿os habéis detenido en todos los puntos de Bristol? ¡bribón! ¡holgazán!

—No señor, — respondió el chico.

—Tened cuidado, — continuó Bob con rostro amenazador; — ¿creéis que habría quien ocupara á un cirujano si viera á su mozo jugar á los bolos en todas las calles? Cuidado con conservar la dignidad de vuestra profesión; ¿habéis llevado todos los medicamentos, perezoso?

—Sí señor.

—¿Los polvos para los niños, á la gran casa habitada por la familia que llegó hace poco? ¿y las píldoras digestivas en casa del viejo gruñón y gotoso?

—Sí señor.

—Entonces cerrad la puerta y cuidad de la botica.

—Vamos, — dijo Mr. Winkle cuando el joven se habia retirado, — las cosas no van tan mal como queríais hacerme creer; tenéis feligreses á quienes dar medicamentos.

Mr. Bob miró á la tienda para asegurarse de que no habia por allí oídos extraños; después, inclinándose hacia Mr. Winkle, le dijo en voz baja:

—Siempre se equivoca de casa.

La fisonomía de Mr. Winkle expresó que no habia entendido, mientras Mr. Bob y Mr. Allen reían á cual más.

—¿No me comprendéis? — dijo Bob; — va á una casa, tira de la campanilla, entrega un paquete de medicamentos, sin dirección escrita, al criado que le abre, y se va. El criado lleva el paquete al comedor, el amo le abre y lee la inscripción: *Poción para tomar de noche; píldoras según la fórmula, loción idem. Sawyer, sucesor de Nockemorf, prepara cuidadosamente las recetas, etc., etc.* El caballero muestra el paquete á su mujer, ella lee la inscripción, lo da á los criados; estos leen también la inscripción. Al día siguiente vuelve el mozo, se ha equivocado; ¡qué contrariedad! ¡tanto que

hacer! tiene que llevar tantos paquetes, Mr. Sawyer sucesor de Nockemorf. El nombre queda en la memoria, y he aquí el negocio, amigo mío; esto vale más que todos los anuncios del mundo. Tenemos una botella de cuatro onzas, que ha corrido la mitad de las casas de Bristol, y que no ha acabado aún de dar la vuelta.

—Vamos, ya comprendo, — exclamó Winkle; — ¡famoso plan!

—¡Oh! Ben y yo hemos inventado una docena como este, — continuó el hábil farmacéutico con gran satisfacción; — el que enciende los reverberos, recibe diez y ocho peniques por semana por tirar de la campanilla de la tienda por las noches durante diez minutos, cada vez que pasa por delante de la casa; y todos los domingos, el mozo va á la iglesia precisamente en el momento de los salmos, cuando todo el mundo no tiene más ocupación que mirar á todos lados, y me llama con ademán extraviado. «Bueno, dice la concurrencia; alguno se ha matado de repente; mandan á buscar á Sawyer, sucesor de Nockemorf; ¡qué ocupado está ese joven!»

Después de haber divulgado así los arcanos del arte médico, Mr. Bob y su amigo se tendieron en las sillas, riendo estrepitosamente. Cuando se espaciaron lo mejor que pudieron, empezó de nuevo la conversación, y recayó sobre un asunto que interesaba inmediatamente á Mr. Winkle.

Creemos haber dicho antes que Mr. Benjamín Allen se ponía muy sentimental después de beber. En aquella época, Mr. Allen tenía más que nunca una gran propensión al sentimentalismo. Esta enfermedad provenía de que vivía hacia tres semanas con Sawyer, porque el anfitrión no era notable por la templanza, y el invitado no podía vanagloriarse de tener la cabeza fuerte. Durante todo este tiempo, Benjamín habia flotado entre la embriaguez parcial y la embriaguez completa.

—¡Eh! buen amigo, — dijo á Mr. Winkle, aprovechándose de la ausencia temporal de Mr. Bob Sawyer, que habia ido á aplicar á un chalán algunas de las sanguijuelas de segunda mano. — Mi buen amigo, yo soy muy desgraciado.

Mr. Winkle expresó su sentimiento al saber aquella noticia, y preguntó si no podia ser algo para aliviar su desventura.

—Nada, mi querido amigo, nada. ¿Os acordáis de Arabella? ¿Mi hermana Arabella? Una joven de ojos negros. No sé si os habéis fijado en ella, en casa de Mr. Wardle. Una jovencita, Winkle. Tal vez mi fisonomía os recordará la suya.

Mr. Winkle no necesitaba procedimientos artificiales para acordarse la fisonomía de la encantadora Arabella,

y difícilmente las facciones de Benjamín le hubieran recordado las de su hermana. Respondió con toda la calma que le fué posible fingir que se acordaba de la joven, y que se alegraba de que estuviera buena.

Por toda respuesta Mr. Ben Allen le dijo:

—Vuestro amigo Bob, es un joven excelente, Winkle.

—Es verdad, — respondió lacónicamente mister Winkle, que no gustaba mucho de ver juntos aquellos dos nombres.

—Siempre les he destinado el uno para el otro; han sido creados el uno para el otro; han venido al mundo el uno para el otro; han sido educados el uno para el otro, — dijo Mr. Ben Allen dejando su vaso con gran énfasis. — Hay una coincidencia en este asunto, amigo. No hay entre ellos más que una diferencia de cinco años, y los dos nacieron en el mes de agosto.

Mr. Winkle estaba muy impaciente para ocuparse mucho de esta coincidencia, por maravillosa que fuera. Así, después de una lágrima ó dos, Ben continuó diciendo que apesar de su estimación y respeto por él, Arabella había mostrado siempre una gran antipatía hacia su amigo Bob.

—Y yo creo, — continuó, — que tiene algún afecto secreto por otro.

—¿Sospecháis de alguien? — preguntó temblando Mr. Winkle.

—¿Quisiera conocerle! — contestó Allen con cólera. — Yo le enseñaría quien soy.

Todo esto, como es fácil suponer, era muy consolador para Mr. Winkle. Permaneció en silencio durante algunos minutos, pero al fin reunió todo su valor, y preguntó si Arabella estaba en el condado de Kent.

—No, no, — respondió Ben con malignidad. — Yo creí que la casa de Mr. Wardle no era conveniente para una joven caprichosa. Así es que como soy su protector natural y su tutor, puesto que nuestros padres han muerto, la he llevado á pasar unos meses en casa de una vieja tía. Espero que esto la curará. Si no lo consigo, la llevaré al extranjero por unos meses, y veremos entonces.

—Y... y... ¿la tía vive en Bristol? — balbuceó mister Winkle.

—No, no, en Bristol no, — respondió Ben. — Allá, allá, pero aquí viene Bob. ¡Chitón! ni una palabra.

Aunque esta conversación fué muy corta, produjo en Mr. Winkle la ansiedad más viva. El afecto sospechado por Winkle agitaba su corazón. ¿Sería él el objeto de aquel afecto? ¿La seductora Arabella había desdeñado por él al espiritual Bob? ¿ó tenían los dos un rival pre-

ferido? Se decidió á verla, cualquiera cosa que sucediera. Pero aquí se siguió una objeción insuperable, porque si la explicación dada por Ben con esta palabra *allá* quería decir tres millas, ó treinta millas, ó trescientas millas, Mr. Winkle no podía conjurararlo. Por lo demás, no tuvo tiempo de seguir pensando en su amor, porque Bob trajo un pastel, del cual se le suplicó tomarse una parte. Una mujer puso el mantel. La madre del joven de la librea gris trajo un tercer cuchillo y un tercer tenedor (porque al establecimiento doméstico de Mr. Sawyer estaba montado en una escala muy limitada), y los tres amigos empezaron á comer. La cerveza estaba servida, como hizo observar Mr. Bob, en su cántaro favorito.

Después de la comida, Bob hizo traer el más grande mortero de la tienda, y puso en él una mezcla de ponche y rom, y removiendo y amalgamando los materiales con un pilón, de una manera muy conveniente para un farmacéutico. Como muchos solteros, no poseía sino un sólo vaso, que fué por honor asignado á Mr. Winkle. A Ben Allen se le dió un frasco de vidrio con tapón, y Bob se contentó con uno de esos vasos cilíndricos, incrustados de caracteres cabalísticos, y en los cuales miden los boticarios las drogas líquidas.

Después de estos preliminares, el ponche fué bebido y declarado excelente.

No se cantó, porque Bob declaró que el canto no tenía nada de profesional; pero en revancha se rió tan bien y tanto, que los transeuntes podían oír sin duda alguna el ruido confuso que salía de las oficinas del sucesor de Nockemorf.

De cualquier modo que sea, la conversación de los tres amigos entretenía aparentemente los ocios del joven criado del farmacéutico, porque en lugar de consagrar la noche, como debía hacerlo, á escribir su nombre sobre el mostrador y borrarlo en seguida, no hizo más que ponerse junto á la puerta vidriera y escuchar y ver lo que hacía su patrono.

La alegría de Mr. Bob Sawyer se convertía poco á poco en furor. Ben Allen recayó en el sentimentalismo, y el ponche había casi desaparecido, cuando el mancebo entró rápidamente para anunciar que una mujer joven acababa de preguntar por Mr. Bob Sawyer, sucesor de Nockemorf, á quien se esperaba inmediatamente. Esto terminó la fiesta. Cuando el mancebo repitió por vigésima vez su mensaje, Mr. Bob Sawyer empezó á comprenderle, se envolvió en la cabeza una servilleta mojada, á fin de despejarse, y fiándolo conseguido en parte, se puso los espejuelos y salió.

Después de esto, Mr. Winkle, viendo que era impo-

sible entablar con Ben Allen una conversación formal sobre lo que tanto le interesaba, rehusó permanecer allí hasta la vuelta del boticario, y se volvió al hotel.

La inquietud que le agitaba y las numerosas meditaciones que había despertado en su espíritu el nombre de Arabella, impidieron al ponche que hiciera su acostumbrado efecto. Así es que, después de haber tomado en el hotel un vaso de agua de Seltz y aguardiente, entró en el café más bien abatido que animado por las aventuras de las noche.

Un caballero alto, vestido con un largo redingote, se encontraba solo en el café, sentado delante del fuego y volviendo la espalda á Mr. Winkle.

Como la noche estaba demasiado fría, el caballero apartó á un lado su silla para dejar acercar al recién venido; ¡pero cuál fué la emoción de Mr. Winkle, cuando aquel movimiento le descubrió el rostro del vengativo y sanguinario Dowler!

Su primer pensamiento fué tirar violentamente del cordón de la campanilla más cercana. Desgraciadamente, este cordón se encontraba detrás de la silla de su adversario. Maquinalmente, el bravo joven dió un paso para asir la borla; pero Mr. Dowler, retrocediendo con calma, le dijo:

—Mr. Winkle, no me peguéis; no lo soportaré. ¡Un bofetón! ¡Jamás!

Al decir esto, Mr. Dowler tenía una actitud mucho más dulce de lo que Mr. Winkle esperaba de una persona tan violenta.

—¡Un bofetón, caballero! — murmuró Mr. Winkle.

Un bofetón, caballero, — replicó Mr. Dowler. — Dominad vuestros primeros movimientos. Sentaos, escuchadme.

—Caballero, — dijo Mr. Winkle temblando de los pies á la cabeza, — antes que yo consienta en sentarme enfrente, al lado de vos sin que esté presente un mozo, es necesario que me déis otras garantías de seguridad. Me habéis amenazado la noche última, caballero; me habéis amenazado horriblemente.

Mr. Winkle se detuvo y se puso más pálido.

—Es verdad, — dijo Mr. Dowler con un rostro tan pálido como el de su antagonista; — las circunstancias eran sospechosas; ya han sido explicadas; yo respeto vuestro valor; tenéis razón; es la seguridad de la inocencia; he aquí mi mano, estrechadla.

—Realmente, caballero, realmente, — respondió mister Winkle vacilando al dar su mano, por temor á que mister Dowler le tendiera algún lazo; realmente, caballero...

—Ya sé lo que queréis decir, — interrumpió el otro;

—os sentís ofendido; es natural, yo haría lo mismo en lugar vuestro. Pero no he tenido razón, y os pido que me perdonéis; seamos amigos, perdonadme...

Y al mismo tiempo, Dowler se apoderó de la mano de Mr. Winkle, declaró que le creía un joven de gran valor y que tenía de él un concepto muy alto.

—Ahora, — continuó, — sentaos, contadme todo. ¿Cómo me habéis descubierto? ¿cuándo partisteis para seguirme? Sed franco; decidlo todo.

—Fué una casualidad, — replicó Mr. Winkle grandemente sorprendido del giro inesperado que su aventura tomaba.

—Me alegro; me desperté esta mañana; había olvidado mis amenazas. El recuerdo de nuestra aventura me hizo reír; sentí disposiciones amistosas y lo dije.

—¿A quién?

—A mistress Dowler. — ¿Habéis hecho un juramento? me dijo ella. — Sí, respondí yo. — Es un juramento temerario. — También es verdad. Me escusaré; ¿dónde está?

—¿Quién? — preguntó Mr. Winkle.

—Vos; bajé la escalera, pero no os encontré. Pickwick tenía un ademán sombrío; sacudió la cabeza y dijo que esperaba que no cometería ninguna violencia. Lo comprendí todo; os sentíais insultado; habíais salido para buscar un amigo, tal vez pistolas; noble valor, dije yo; lo admiro.

Mr. Winkle tosió, y comprendiéndolo todo, tomó un ademán de importancia.

—Dejé un recado para vos, — continuó Dowler; — dije que lo sentía mucho; era verdad. Asuntos urgentes me llamaban aquí; no os habéis encontrado satisfecho; me habéis seguido; habéis pedido una explicación verbal; habéis tenido razón; todo ha concluido; mis asuntos han terminado; me vuelvo mañana; venid conmigo.

A medida que Dowler adelantaba en su relato, el aspecto de Mr. Winkle era más digno; la misteriosa índole de su conversación estaba explicada. Mr. Dowler estaba tan poco dispuesto á batirse como Mr. Winkle; en una palabra, aquel vanidoso personaje, uno de los mayores poltrones conocidos, había interpretado según su miedo la amenaza de Mr. Winkle, y tomando la misma determinación que él, se le había aumentado hasta que le pasó la irritación.

Cuando el estado real de las cosas fué comprendido claramente por Mr. Winkle, su fisonomía tomó una expresión terrible; declaró que estaba completamente satisfecho; pero lo declaró con un tono capaz de persuadir á Mr. Dowler de que si no estuviera satisfecho, se hubiera seguido una horrible destrucción.

Por fin, Mr. Dowler pareció agradecido á tanta magnanimidad, y los dos beligerantes se separaron por la noche con mil protestas de enérgica amistad.

Era la media noche, y Mr. Winkle gozaba de las dulzuras del primer sueño, cuando fué despertado por un violento golpe dado en la puerta y repetido inmediatamente después con tal vehemencia, que se estremeció en su lecho y preguntó con ansiedad quién estaba allí y qué quería.

—Un joven que desea veros, — respondió una criada.

—¡Un joven!

—No hay error, caballero, — respondió otra voz al través del agujero de la cerradura; — y si este interesante joven no entra sin dilación, derribará al puerta.

Al mismo tiempo, el desconocido dió un golpe con su pie en la puerta como para dar más fuerza á su insinuación.

—Sois vos, Sam? — preguntó Mr. Winkle saltando de su lecho.

—No es posible reconocer á una persona sin ver su cara, — respondió la voz en tono dogmático.

Mr. Winkle no teniendo duda de la identidad del joven, corrió los cerrojos y abrió.

Sam entró precipitadamente, cerró la puerta por dentro, guardó la llave en el bolsillo, y después de examinar gravemente á Mr. Winkle de los pies á la cabeza, le dijo:

—Os estáis portando bien, caballero.

—¿Qué significa esta conducta? salid inmediatamente, caballero.

—¡Que qué significa! pues es chistoso.

—Abrid la puerta y salid de aquí inmediatamente.

—Yo saldré de aquí en el momento en que vos salgáis, — dijo Sam con voz imponente y sentándose con gravedad; — permitidme esperar que me obligaréis á adoptar un partido extremo.

Al concluir estas palabras, Sam plantó sus manos en sus rodillas, y miró cara á cara á Mr. Winkle con una expresión de fisonomía, donde se podía leer fácilmente que no tenía ganas de broma.

—Sois un joven amable, — continuó; — no hay duda, habéis sabido enredar á nuestro patrono en una serie de intrigas, cuando él lo sacrifica todo á los principios. Sois peor que Dodson y peor que Fogg. Me parecen ángeles junto á vos.

—Mi buen Sam, — dijo Mr. Winkle tendiéndole la mano; — yo respeto vuestra adhesión á mi excelente amigo, y siento muchísimo haber aumentado su inquietud. Vamos, Sam, vamos.

Hablando así sus dientes chocaban de frío, porque

había permanecido en pie y con su traje de dormir.

—Buena es la enmienda al fin, — respondió Sam, sacudiendo la mano que Mr. Winkle le ofrecía.

—Ciertamente, Sam, ciertamente. Ahora, id á acostaros, y hablaremos de eso mañana.

—Lo siento mucho; pero no puedo ir á acostarme.

—¿No podéis ir á acostaros?

—No, no es posible.

—¿Os volvéis esta noche? — exclamó Winkle sorprendido.

—No señor, yo no he de salir de esta alcoba. Las órdenes del amo son terminantes.

—Vamos, Sam, vamos. Es preciso que yo esté aquí y que vos estéis también para ayudarme á emprender una aventura con cierta joven... miss Allen, Sam. ¿Os acordáis? Es preciso que yo la vea, y la veré antes de dejar á Bristol.

Pero en respuesta á estas súplicas, Sam sacudió la cabeza enérgicamente y dijo con firmeza:

—No es posible, no es posible.

Sin embargo, después de muchos argumentos y protestas por parte de Mr. Winkle, después de una exposición completa de todo lo que había pasado en su entrevista con Mr. Dowler, el fiel criado empezó á vacilar. Al fin, las dos partes hicieron un contrato, cuyas principales cláusulas son las siguientes:

Que Sam se retiraría y dejaría á Mr. Winkle la libre posesión de su cuarto, con la condición de cerrar la puerta por fuera y llevarse la llave; que Mr. Winkle escribiría al día siguiente á Mr. Pickwick una carta, que le sería entregada por Dowler, y en la cual le pediría para él y para Sam permiso para quedarse en Bristol á fin de consagrarse al objeto indicado; que si la licencia era concedida, las partes contratantes permanecerían en Bristol; que si no, volverían á Bath inmediatamente; y en fin, que Mr. Winkle se comprometía solemnemente á no procurar escaparse ni por la ventana, ni por la chimenea, ni por otra parte cualquiera.

Ratificado el contrato, Sam cerró la puerta y se fué.

## CAPITULO XXXIX

*Sam Weller, honrado por una misión de amor, se ocupa en ejecutarla*

Durante todo el día siguiente, Sam tuvo los ojos constantemente fijos en Mr. Winkle, determinado á no per-